

Concordia Seminary - Saint Louis

## Scholarly Resources from Concordia Seminary

---

[Ayudas para sermones](#)

[Recursos en español](#)

---

1-1-2016

### Herramientas: hermenéutica

Martín Franzmann

*Concordia Seminary, St. Louis*

Rubén Domínguez

Follow this and additional works at: [https://scholar.csl.edu/ayudas\\_para\\_sermones](https://scholar.csl.edu/ayudas_para_sermones)



Part of the [Biblical Studies Commons](#)

---

#### Recommended Citation

Franzmann, Martín and Domínguez, Rubén, "Herramientas: hermenéutica" (2016). *Ayudas para sermones*. 3.

[https://scholar.csl.edu/ayudas\\_para\\_sermones/3](https://scholar.csl.edu/ayudas_para_sermones/3)

This Article is brought to you for free and open access by the Recursos en español at Scholarly Resources from Concordia Seminary. It has been accepted for inclusion in Ayudas para sermones by an authorized administrator of Scholarly Resources from Concordia Seminary. For more information, please contact [seitzw@csl.edu](mailto:seitzw@csl.edu).

# RECURSOS para SERMONES



**Herramientas: Hermenéutica**

Centro de Estudios Hispanos-Seminario Concordia, St. Louis  
2020



Martín Franzmann  
Traductor y adaptador Rubén Domínguez  
Abril 2016  
Usado con permiso.  
Revisado y adaptado por Marcos Kempff  
Febrero del 2011  
Centro de Estudios Hispanos-Seminario Concordia, St. Louis  
Editado para Scholar, julio del 2025

# Ensayos de Hermenéutica

Martín H. Franzmann

## *Introducción*

Hermenéutica es aquella rama de la teología que establece los principios que deben guiarnos en la interpretación de la Escritura; en otras palabras, es la teoría o la interpretación. Las interrogantes hermenéuticas no son únicamente preguntas de carácter académico. Nuestra vida como cristianos y como Iglesia depende de la Palabra. En virtud de que la Palabra es la autoridad primaria, la Iglesia de la Escritura no debe atreverse a ser indiferente en cuanto a su interpretación. “Creemos, enseñamos y confesamos que la única regla y norma según la cual deben valorarse y juzgarse todas las doctrinas, juntamente con quienes las enseñan, es exclusivamente la Escritura profética y apostólica del Antiguo y del Nuevo Testamento, como está escrito en el Salmo 119:105, *Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.*”

Escribe el Apóstol San Pablo en Gálatas 1:8, *Aunque un ángel del cielo os anunciare otro evangelio, sea anatema.* Mientras que estas solemnes y sobrias palabras de la de Concordia sean tomadas en serio por la Iglesia Luterana habrá poca necesidad de vindicar el lugar de la Hermenéutica en el currículo teológico. Al afirmar la única autoridad y el poder de la Escritura nuestras Confesiones lo que hacen en realidad es volver a las convicciones de la iglesia católica, la que confiesa con el Credo Niceno: “*Y creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado, que habló por medio de los Profetas.*”

La Iglesia que posee la Palabra es impenetrable; las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Además, el único trabajo de la Hermenéutica es vigilar que en verdad tengamos la Palabra que otorga vida. En el aspecto positivo, la Hermenéutica debe guiarnos a la Escritura de tal modo que ésta sea perpetuamente fresca y esté constantemente abierta de manera que nos otorgue siempre su vida infinita abundante y creciente en nosotros. En el aspecto negativo, la Hermenéutica puede proveernos de defensas contra los dos peligros más perniciosos que han amenazado a la Iglesia de la Palabra: la saciedad y la perversión de la Escritura.

La saciedad puede emerger cuando a la exégesis se le permite degenerar en una especie de Dogmática inversa, esto es un procedimiento que desprestigia tanto a la Dogmática como a la exégesis; pues los viveros placenteros y saludables de la Teología Sistemática cesan de existir cuando éstos dejan de ser nutridos por las aguas vivificantes de la exégesis. Una hermenéutica sana puede proporcionarnos una defensa contra la tergiversación de la Escritura, así como contra el error y falsificación, pues puede alertarnos contra las interpretaciones humanas de la Escritura y constantemente nos hará volver a la Escritura y colocarnos de nuevo, una y otra vez, bajo la influencia del Espíritu, el cual nos guía a toda la verdad.

## *La naturaleza de la Escritura*

Es, o debiera ser, un axioma que los principios que gobiernan la interpretación de un documento deben derivarse y mantenerse en la naturaleza de tal documento; así, por ejemplo, la poesía debe

ser interpretada como poesía, es decir, con la debida consideración por la naturaleza y los convencionalismos de tal tipo de literatura; también una novela se debe interpretar como novela y no como una crónica o un esquema histórico. Igualmente, los principios que deben guiarnos en la interpretación de la Escritura deben derivarse de la misma naturaleza de la Escritura. 2 Pedro 1:21 nos indica la naturaleza de los documentos que son objeto de la interpretación *porque nunca la profecía fue dada por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.*

En la Escritura Dios habla por medio de hombres, *Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo...* (Hebreos 1:1). Los oráculos de Dios no están en un libro que cayeron del cielo; todo lo contrario, Dios habló por medio de hombres en cierto tiempo, en cierto lugar, y en cierto idioma. *Los santos hombres de Dios hablaron.* Esto es un aspecto de la Escritura, el aspecto que se comparte con todo documento escrito. El otro aspecto yace en el hecho que aquí se subraya *por medio de hombres.* En este aspecto la Escritura es singular. Tenemos a Dios en la Escritura hablando, en determinado tiempo de la historia, *por medio de hombres.*

En consecuencia, debemos pensar que el intérprete se relaciona con el texto sagrado por medio de tres círculos concéntricos: el Círculo del Idioma, el Círculo de la Historia, y el Círculo de la Teología o de la Escritura.

Los primeros dos círculos son un reconocimiento al hecho de que en la Escritura Dios habló en uno de los idiomas del hombre en determinado momento histórico. El tercer círculo es un reconocimiento al hecho de que al afirmar lo anterior, Dios ha hablado una vez por todas; la Escritura es una unidad en virtud de que el mismo Espíritu ha inspirado todos los libros del canon bíblico. Es un reconocimiento también de las implicaciones de la Escritura para nosotros hoy; del hecho que *“la Escritura es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”* (2 Timoteo 3:16-17).

Estos tres círculos son distintos en el trabajo analítico, y deben inevitablemente entrelazarse y armonizarse en la práctica. Esto se entenderá mejor o se hará más obvio al explicar los tres círculos.

## EL CÍRCULO DEL IDIOMA

Dentro del círculo del idioma debemos tratar primero las palabras aisladamente (etimología y uso), y luego considerar las palabras en relación unas con otras (gramática, contexto, lenguaje figurado).

### *Etimología*

En relación a la etimología haremos bien en recordar que en la mayoría de los casos es un excelente punto de partida en el estudio de una palabra, pero generalmente no es más que eso. La exégesis del énfasis en la 'palabra imagen' por lo general peca en el sentido de la sobre-

dependencia en la etimología. La insuficiencia en usar solamente la etimología en la interpretación de una palabra se puede ver mejor en casos de las palabras que no tienen un uso registrado, donde no hay nada más allá que la etimología; por ejemplo, en la palabra que aparece en la Cuarta Petición del Padrenuestro, la dependencia en la etimología ha creado una confusión como en la torre de Babel al interpretarla como “diariamente,” “substancial,” “de mañana,” “necesario,” “del futuro,” y “del reino venidero.” En casos de *hapax legomena* (palabras que aparecen solo una vez en un escrito del NT) y de nuevas formas compuestas (ej. 1 Tesalonicenses 4:9), la etimología presta un servicio sustancioso. No debemos olvidar que la gran mayoría de las palabras del Nuevo Testamento tienen el respaldo de haberse usado durante siglos.

Con respecto al uso, es importante tener en claro la naturaleza del griego del Nuevo Testamento. Primero que todo es un griego no refinado; es el lenguaje hablado por la gente. Eso no significa que sea vulgar (en el sentido degradante) o un griego sin literatura; significa que el Espíritu Santo habló en el lenguaje que la inmensa mayoría de las personas le pudieran entender” (Moulton). Y también significa que los documentos del Griego no literario, los papiros, ostracas (piezas de barro o cerámica sobre las que se escribieron fragmentos literarios) y las inscripciones son invaluable para establecer las connotaciones que las palabras del Nuevo Testamento tuvieron para sus primeros lectores. Pero esto no es todo lo que se tiene que afirmar. Existe también la siempre presente influencia semántica. Los autores del Nuevo Testamento fueron, con la excepción de uno, personas bilingües que probablemente pensaban más siguiendo el patrón del idioma arameo. Y la influencia de la Septuaginta, incalculable y penetrante, siempre se tiene que tomar en cuenta. Especialmente en conceptos religiosos y semánticos el Griego del Antiguo Testamento (Septuaginta) es el trasfondo inmediato y vivencial del vocabulario del Nuevo Testamento.

El contexto, especialmente el contexto inmediato, también posee un importante papel al examinar el uso de las palabras. Cualquier evento grandioso nuevo trae consigo nuevas palabras o da a otras palabras viejas un nuevo significado, y el magno evento que marcó la división de la historia no es la excepción. De esta manera, en última instancia, todo el Nuevo Testamento debe ayudarnos a determinar el significado de sus partes; esto es el llamado *Círculo Hermenéutico*, o sea, el trabajo que empieza de una parte hacia el todo, y a la inversa, es decir, de nuevo empezando desde lo general o del todo hacia lo particular o parte. Prácticamente esto subraya la importancia de tener un amplio conocimiento de toda la Biblia, especialmente del Griego del Antiguo Testamento (Septuaginta) y del Nuevo Testamento, para la interpretación de cualquiera de sus partes; y subraya también la importancia de la concordancia, la cual nos permite enfocarnos y traer a la superficie ese conocimiento sin tomarnos tiempo excesivo o caer en el peligro de omitir cualquier cosa esencial.

El uso opera de varios modos. Al investigar el desarrollo del significado nos damos cuenta que el uso de algunas palabras del Nuevo Testamento se profundiza; por ejemplo, la palabra griega (paz) ha tomado, según la Septuaginta, un sentido más rico y penetrante que el hebreo *shalom*. Otras palabras, en cambio, son revalorizadas, como la palabra *mundo* que significa “un universo ordenado armoniosamente” se transforma en *el mundo que se opone a Dios*. Otros ganan valor; así (siervo) y todas las palabras complejas que denotan servidumbre y humildad, se ennoblecen en el Nuevo Testamento. De nuevo, el desarrollo pudo haber avanzado hasta lograr un cambio completo, por ejemplo, la palabra *gracia* se usa para denotar el amor de Dios que perdona los

pecados, un sentido que no se considera en la Septuaginta. San Pablo usa en ocasiones *misterio* para denotar *gracia*. O podemos encontrarnos con una nueva aplicación concreta de términos establecidos, como en el caso de *parusía* que se usaba para referirse al retorno de las visitas imperiales o reales en los tiempos del período helenista o romano, pero que tiene el sentido específico de la Segunda Venida en el Nuevo Testamento.

Debemos, por supuesto, distinguir entre el uso general y el particular, entre el uso general del pueblo y el del Nuevo Testamento; y dentro del Nuevo Testamento entre el uso general en el Nuevo Testamento y el de San Juan o San Pablo. El contexto inmediato denotará el uso particular dado, y es decisivo, en cualquier caso. Así que, al usar una concordancia para considerar el uso paulino, los paralelos paulinos deben recibir una consideración primaria. El valor del diccionario amplio, con su clasificación cuidadosa del uso y la agrupación de paralelos, se hace más evidente. No que el diccionario sea un sustituto del estudio independiente. Es un buen mapa para el camino; pero cada uno debe caminar su propio camino si desea realmente interpretar, esto es, encontrar el texto y recibir su impresión de primera mano. Al nivel del lenguaje, también, la Escritura debe interpretar a la Escritura. La concordancia y el diccionario son ayudas indispensables para familiarizarse de primera mano con el texto, pero no para sustituirlo.

### *Gramática*

En cuanto a la gramática, la generación actual de exégetas es más afortunada que las generaciones anteriores. El amplio acceso a material comparativo en el campo del griego popular o vernáculo en los últimos 50 años, ligado a estudios avanzados relacionados a los mismos textos sagrados, ha despejado las tinieblas gramaticales que obscurecen la exégesis anterior en el aspecto gramatical. La estructura del griego del Nuevo Testamento ya no será modificada a fin de encajar con el patrón del griego clásico. Quizás ahora, en cambio, exista la tendencia a exagerar la diferencia entre el griego *koiné* y el clásico.

El estudiante versado en el griego clásico no estará entrando a terrenos desconocidos cuando se enfoque en el estudio del *koiné*. Existe una marcada división entre los eruditos del Nuevo Testamento en referencia a la influencia semántica en la estructura del griego del Nuevo Testamento. El hecho, ya aludido anteriormente, que todos los autores del Nuevo Testamento, con la excepción de uno, fueron judíos de nacimiento y que hablaron y escribieron el griego como un segundo idioma y que con toda naturalidad crecieron recibiendo la influencia semántica del griego de la Septuaginta convierte en precario el intento para minimizar la influencia semántica. Por otro lado, el estudio de los papiros y otros documentos del griego popular tardío ha mostrado que muchos giros considerados como semitismos ocurren, por lo menos esporádicamente, en el griego popular que no recibió influencia semántica. Todo eso nos debe alertar contra todo exceso.

### *Contexto*

El tomar en cuenta la debida relación que tiene una palabra o un grupo de palabras está entre las reglas más elementales para la interpretación de un texto. Pero como todos los apuntes se nos olvida fácilmente, especialmente cuando queremos que el texto signifique una cosa o cuando

hemos tenido una idea brillante de cierto valor homilético quisiéramos “extraerla” del texto. Es indicativo que muchas preguntas exegéticas se formulen así: ¿este texto significa esto y/o aquello? El contexto inmediato es muy importante y generalmente es decisivo. En 1 Tesalonicenses 2:6, por ejemplo, el sentido de, *podíamos seros carga* se determina por el contraste con 6a y el ejemplo de la nodriza en el siguiente versículo, en lugar del más remoto versículo 9, de tal modo que podemos justificar la traducción de Goodspeed, *nosotros pudimos insistir en nuestra dignidad* en lugar de la Versión Autorizada que dice, *pudimos haberles sido carga*. [Nota del traductor: se refiere a versiones inglesas].

Cuando no existe un contexto inmediato, como en el caso de alguna serie de exhortaciones breves de San Pablo o en pasajes aislados como el de Romanos 16:17ss, tenemos la obligación de tomar en cuenta el contexto distante o más lejano. Todo el contexto más amplio de la forma en cómo trata San Pablo al error o a los que están errados en Gálatas, Colosenses y 1 de Corintios, con su tajante rechazo a los falsos maestros y su tierno cuidado por los que están siendo mal dirigidos, arrojar mucha luz en la extensión y significado del pasaje en Romanos, el cual termina inesperadamente en la sección de saludos.

La continuidad del pensamiento, al que llamamos contexto, se establece de varias formas. La relación puede ser meramente histórica, la secuencia cronológica de eventos. Por ejemplo, el tiempo y el lugar del Sermón del Monte, tan obvio en Lucas y bastante claro en San Mateo, tienen por sí mismos que ser suficientes para excluir la distinción “el discurso inaugural del reino.” O la relación puede ser inmediatamente rica y dogmática, como cuando San Pablo en Romanos 4 sostiene, basándose en la secuencia de eventos en relación con la conexión entre la circuncisión y la declaración de justicia. O la relación puede ser teológica, como en el discurso sobre la avaricia y el cuidado en Mateo 6:19, 34, donde el verso 24, *ninguno puede servir a dos señores*, indica la relación entre aparentemente los dos temas independientes; la unidad preferente debe encontrarse en la idea del corazón dividido. O la relación puede ser psicológica, que depende de los sentimientos o la asociación de ideas como con frecuencia uno encuentra en las epístolas tan personales como la de Filipenses y 2 Corintios; o como en 1 Tesalonicenses 5:16-22, donde la mención de la oración *den gracias en todo*, nos lleva naturalmente, si no por lógica inevitable, a tener indicaciones para la vida de adoración de la Iglesia.

A manera de resumen, en el caso de un pasaje que no nos parezca claro inmediatamente debemos primero considerar el contexto inmediato, luego el contexto más remoto del libro en que se encuentra un pasaje así, luego a todos los libros del mismo autor, luego a todo el Nuevo Testamento, entonces a toda la Biblia. Aquí, otra vez como en el caso del uso, dejamos que la Escritura interprete a la Escritura.

### *Lenguaje figurado*

A pesar de que las imágenes no son como las del Antiguo Testamento donde los cedros se inclinan y las aguas aplauden con sus manos y el caballo de guerra dice Ja, Ja en medio de las trompetas, sin embargo, el Nuevo Testamento es rico y florido en el uso del lenguaje figurado. En este aspecto, como entre otros, el Nuevo Testamento es como Deissmann lo llama, un *libro del pueblo*. Pues el lenguaje figurado es frecuentemente literario. Un vistazo a nuestro propio lenguaje coloquial con sus extraordinarias metáforas es suficiente para convencer a cualquiera

del carácter absolutamente *popular* del lenguaje figurado. Y que el Espíritu hizo hablar a los hombres se revela cuando el Espíritu conoce nuestra naturaleza. El lenguaje figurado se dirige a todos los hombres, y también atrae a todos los hombres. Cuando se está en el lecho enfermo los conceptos del Salmo 23 tienen mucho sentido. Sonará distinto al sentido estrictamente literal y conceptual del lenguaje, pues se dirige no solo al intelecto sino también a la voluntad y a las emociones.

Las figuras se toman de los múltiples aspectos de la vida contemporánea. A fin de entenderlas se requiere comprender y conocer con precisión el tiempo, las costumbres y los usos del mundo del Nuevo Testamento. Aquí la esfera de la historia se conecta con la esfera del lenguaje; el idioma es inseparable de la vida. El propósito del lenguaje figurado es iluminar la relación y estado de una cosa por medio de una comparación con otra. Ya que la figura nunca coincide completamente con la cosa que se quiere clarificar o iluminar, el punto esencial en la interpretación del lenguaje figurado es discernir cuidadosamente la calidad de la figura que el autor evidentemente desea enfatizar para explicar su idea. En otras palabras, la comprensión de la intención del autor se puede obtener solo por medio de una atención cuidadosa, tanto *artística* como *imaginativa*, del *tertium comparationis* = la tercera comparación. (Nota del traductor: el contexto se refiere más a una comparación comúnmente conocida). El *tertium* puede ser muy limitado, como cuando Jesús se compara con una vid, o cuando la Iglesia se compara con una novia, o cuando San Pablo se autodenomina como la nodriza o el padre de los tesalonicenses. El contexto habrá de ser el que determine el punto de comparación cuando exista una abundancia de imágenes como en Judas 12 y 13.

Esto se aplica también para la figura más amplia: la parábola. El punto (en algunos casos son varios puntos) de comparación se debe descubrir y los distintos componentes de la parábola se deben ver en relación al punto. Las interpretaciones que dio nuestro Señor a las parábolas nos ofrecen guías seguras, a pesar de que sus propias palabras no justifican la creencia que la interpretación de una parábola sea necesariamente fácil. Las parábolas sirven para encubrir tanto como para revelar. Aquí, sin embargo, se le dará al corazón creyente el conocer los misterios del Reino; una búsqueda devota y humilde logrará más que cualquier esquema torpe o ligero sobre la parábola. Debemos hacer notar que particularmente en la esfera religiosa nos vemos obligados a hablar con figuras de lenguaje simplemente porque no existe otra forma de expresar la verdad. La idea de una falsa realidad que algunas personas asocian al lenguaje figurado religioso, como lo hacen en el poético, no tiene cabida aquí.

La belleza final de la música es tal que no se puede expresar usando otros términos fuera de la música; sin embargo, nadie pone en tela de juicio tal belleza simplemente porque no se pueda reducir a una declaración conceptual literaria. Las *muchas moradas* en el discurso de nuestro Señor y la Jerusalén celestial del Apocalipsis son un cielo más *veraz* que cualquier declaración literal abstracta del cielo. Y la carta de Lutero dirigida a su hijo tiene más sentido teológico consistente que cualquier disertación filosófica sobre lo desconocido. Por un lado, el justo medio de una interpretación está entre los extremos de la exégesis intelectual, la cual desecha, en base a la razón, la carne y la sangre de la Escritura y coloca en su lugar solo los huesos de un pensamiento abstracto; y por el otro lado, un falso tipo de literalismo que somete a los autores inspirados a todas las nociones ingenuas y “primitivas” que han heredado en el primer siglo.

## EL CÍRCULO DE LA HISTORIA

*Aconteció en aquellos días...* En el Círculo del Idioma el intérprete busca conocer a profundidad el lenguaje original en que las Escrituras se escribieron; en el Círculo de la Historia busca conocer profundamente el mundo en el que surgieron y al que originalmente se dirigieron las Escrituras; busca precisar y tener presente, lo más concreta y estéticamente posible, la geografía y la situación social, política y cultural en la cual vivieron y se movieron los proclamadores originales y los primeros oyentes. Esta situación incluye también el pasado histórico que era parte tanto de los proclamadores como de los oyentes, pues es reconocido que una persona cuando nace se relaciona invariablemente con el pasado de los progenitores; de esta manera toda persona nace con cierto trasfondo histórico. Esto es especialmente cierto respecto al pasado tan determinante e influyente de la revelación de Dios para el devoto judío y para los creyentes en la Iglesia, pues, como se comprenderá, la verdad del Antiguo Testamento no era para ellos una cosa del pasado sino un constante presente. Cuando los Reyes Magos llegaron a Jerusalén, el profeta Miqueas no era un personaje histórico distante sino una voz vigente. Igualmente, en Pentecostés la voz del profeta Joel, a través de la boca de Pedro, era determinante tanto para los apóstoles como para sus oyentes.

El Círculo de la Historia en su aspecto más amplio está interesado en estudiar los detalles históricos de la proclamación del Nuevo Testamento, la cual se dio en Palestina, cumpliendo, no destruyendo la revelación previa de Dios a su pueblo, y que se extendió por todo el mundo grecorromano, el cual a su vez estaba formado por dos culturas, la cultura semítica de Palestina y la cultura grecorromana de la costa mediterránea. Entre más conozca el intérprete estas dos culturas estará en mejor posición para conocer más a profundidad el texto sagrado, pues su entendimiento y apreciación del texto será naturalmente más rico. Los buenos comentarios bíblicos proveerán, desde luego, material adicional. Pero los comentarios tienen por necesidad que proveer material general; y lo general tiende a desaparecer rápidamente si no encuentra un lugar propicio dentro de un cuadro general que haya tenido la persona que lo lee. Los diccionarios bíblicos y las enciclopedias bíblicas se refieren al contexto histórico en forma esquemática, y lo que informan es para nosotros de segunda mano. Si la mente no tiene una información básica de primera mano de los datos actuales y pasados, la información esquemática será una cosa vaga y nebulosa, y así la comprensión del texto bíblico quedará incompleta. Aquí, como también en el Círculo del Idioma, el valor y propósito de nuestro currículo pre-teológico tradicional es vindicado. El énfasis de este currículo en la historia y en los idiomas del mundo antiguo proporciona un cimiento indispensable para la interpretación de la Escritura en el área del Círculo de la Historia, en el sentido más limitado, incluye la ocasión específica en que se originó la producción literaria, las circunstancias en las cuales fue escrita y recibida por las personas a quienes se intentaba alcanzar, y otras cosas similares a aquellas que básicamente se consideran en los cursos introductorios al Nuevo Testamento, los materiales derivados de los mismos textos y de otras fuentes bíblicas, o de la tradición bíblica. La misma existencia de los cursos introductorios al Nuevo Testamento es un testimonio de la importancia del círculo de la historia en la interpretación bíblica. Cada libro del Nuevo Testamento fue escrito para todos los tiempos; si habremos de sacar el significado que estos libros tienen para todos los tiempos, entonces debemos obtener el significado que tuvieron la primera vez en que fueron leídos. El carácter de escritos ocasionales de los libros del Nuevo Testamento se ve más claramente en las Epístolas, pero en el caso de los Evangelios, el prefacio de San Lucas y el carácter variado y el

énfasis de los Sinópticos en general, para no mencionar nada del carácter distintivo de San Juan, no dejan lugar a dudas que ellos también se esmeraron en llenar necesidades definidas. En el caso del Apocalipsis, el trasfondo indiscutible de sus profecías es la iglesia que estaba en medio de la persecución. Dios hace que todas las cosas sirvan para el bien de su Iglesia: los excesos e insensibilidades que tiene el mítico lo que en realidad han producido, bajo su providencia, es un producto co-lateral; han hecho que los estudios bíblicos sean más cuidadosos en el aspecto histórico. Al ser llevados a estudiar la Escritura dentro de las realidades vivas de su situación histórica los resultados únicamente pueden ser benéficos. El sentido común nos indicará que nadie puede entenderse en un vacío; el hombre llega a este mundo con relaciones ya establecidas, ya con su familia, ya con su pueblo, ya con su herencia cultural. Debe de entenderse, si es que se le quiere en verdad entender, en relación con sus contemporáneos y sus antepasados.

¡Sócrates sin Atenas o a Demóstenes sin Felipe de Macedonia! El nuevo nacimiento de un hombre no altera, para este mundo, los datos históricos de su nacimiento humano. Pablo después de su experiencia en el camino hacia Damasco es el mismo ciudadano romano que era antes de su conversión; y Pablo, ya cristiano y misionero, hizo uso de su ciudadanía romana. Ciertas partes de su vida no se comprenderán sin entender lo que significaba tener la ciudadanía romana. Tampoco el hecho de la inspiración rompe las conexiones históricas que enlazan a un hombre con su presente y pasado: el creyente Saulo escribe en el Griego que aprendió en Tarso antes de su conversión y emplea las imágenes del mundo a su alrededor, del mundo judío con su Templo y su culto, el mundo pagano con sus juegos atléticos y espectáculos, su comercio y leyes. El Espíritu Santo inspiró a los hombres tal como se encontraban, situados históricamente e históricamente condicionados. No hay nada novedoso en este énfasis relativamente nuevo del aspecto histórico en la interpretación. Para Lutero el énfasis en la historia estuvo de la mano con el regreso al sentido simple: “Sola enim historica sententia est, quae vere et solide docet” (*Porque es únicamente el sentido histórico el que enseña verdadera y sólidamente*).

Es una ambiciosa tarea tratar de ejemplificar todas las implicaciones para la historia de la interpretación del Nuevo Testamento, ya ésta fuera esquemática. Haremos mejor si procedemos modestamente y también históricamente: tomaremos como ejemplo a 1 Tesalonicenses, una epístola paulina corta y sencilla, a fin de señalar la forma en que la historia puede enriquecer nuestro entendimiento de esta porción de la Sagrada Escritura: *Pablo, Silvano y Timoteo*... En el Círculo de la Historia los mismos nombres del saludo inicial de la epístola son significativos y arrojan bastante luz. *Pablo*. ¡Supongan que no supiéramos nada de este Pablo fuera de lo que 1 Tesalonicenses nos dice! La carta todavía sería para nosotros hoy instructiva y significativa. La epístola a los Hebreos es instructiva a pesar de que “solo Dios sabe” quién fue su autor. Pero, nos privaríamos de muchas riquezas sin ella. Sabemos que este Pablo había sido Saulo, un hebreo de hebreos, un fariseo celoso, que anteriormente fue un blasfemo, un perseguidor e injuriador. La epístola es un testimonio que la gracia de nuestro Señor fue abundante para él: lo vemos escribir a los cristianos, a quienes antes odiaba, a cristianos gentiles, a quienes anteriormente despreciaba. Les escribió con un rebotante amor y cuidado, con una oración ferviente de acción de gracias que se destaca en los tres primeros capítulos, con un intenso cuidado para que los tesalonicenses siguieran y crecieran en su fe cristiana. El mismo hecho de que este Saulo, Pablo, haya escrito esta carta es una evidencia del poder y la gracia de Dios.

La aparición unida de los nombres *Pablo, Silvano y Timoteo* son otro testimonio del gran poder

de la fe cristiana. Aquí tenemos trabajando juntos a Pablo, el enemigo converso de la iglesia, el antiguo fariseo, y a Silvano o Silas, un miembro de la primera congregación cristiana de Jerusalén, y a Timoteo, uno de los primeros frutos de los viajes misioneros de Pablo. Este es un grupo muy diverso, y sin embargo están unidos en su servicio al Señor Jesucristo. Estos tres nombres unidos son también un testimonio del carácter cosmopolita de la iglesia primitiva, y también del deliberado alcance universal de la iglesia primitiva. Como Pablo, también Silvano tuvo el buen nombre judío de Silas, y ambos eran ciudadanos romanos, incorporando así las dos culturas que constituyeron el trasfondo histórico del Nuevo Testamento. Timoteo es igualmente cosmopolita; su padre fue griego y su madre, no obstante llevar un nombre griego, fue una devota judía criando a su hijo en el conocimiento de las Sagradas Escrituras del antiguo pueblo de Dios. Debido a una especie de ironía, Timoteo no fue circuncidado sino hasta poco antes de iniciar su obra como ministro del Nuevo Pacto. La salvación se distingue en la historia, por ser una proclamación de personas que proceden de los judíos y que va hacia todo el mundo. El carácter de los antecedentes de estos proclamadores son tanto un cumplimiento de la profecía como una profecía única. *Acaya, Macedonia, Atenas* los nombres de estos lugares son también ricos en significado dentro del Círculo de la Historia. Las palabras “*costas, los confines de la tierra*” (Isaías 41:5), y “*desde sus lugares*” (Sofonías 2:11) se convierten en nombres y lugares concretos en el cumplimiento de la nueva dispensación. En las *costas* ahora tenemos en el desarrollo del cumplimiento de esta profecía el puerto de Tesalónica, que es el centro y lugar de la obra de Dios, en donde el Evangelio echa raíces, crece y se extiende.

El intérprete hará bien en visualizar esta ciudad si desea entender mejor la primera epístola a los Tesalonicenses. Como la mayoría de las ciudades en donde Pablo predicó, Tesalónica fue una ciudad donde varios caminos se unieron, pues estuvo ubicada en la gran carretera romana llamada la Vía Ignacia; ésta ciudad en virtud de su espléndido y pintoresco puerto natural, fue un centro comercial muy importante. La historia, bajo la providencia de Dios, moldeó el carácter de la gente del lugar a fin de hacer posible, como San Pablo escribió, *Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada* (1:8). Podemos imaginarnos que era un lugar donde el costo de la vida era alto; pero aquí, San Pablo, a pesar de su trabajo manual, en el cual trabajó día y noche a fin de no ser una carga para nadie, sin embargo, recibió dos veces ayuda cuando se encontró en la iglesia de Filipos (Filipenses 4:16). Era una ciudad con una gran población, y su pueblo, que de acuerdo a varias inscripciones estuvo constituido por hombres de todas las razas, incluyendo a judíos, quienes lograron incluso tener su propia sinagoga (Hechos 17:1); fue en la sinagoga donde San Pablo, de acuerdo a su costumbre, había dado inicio a la predicación del Evangelio en Tesalónica. Durante *tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras* (Hechos 17:2-3). Nuestra epístola y la historia de la iglesia en Tesalónica son un hecho histórico, importante en más de un sentido para la historia de la redención: la Diáspora de los judíos, el amplio esparcimiento de Israel, ya fuera por deportación forzosa o emigración voluntaria a lo largo de todo el mundo antiguo, de forma que el milagro de Pentecostés fue atestiguado por hombres, *judíos... de todas las naciones bajo el cielo* (Hechos 2:5); de manera que leemos en Filón una carta dirigida a Calígula que contiene la destacada declaración, *Jerusalén es una polis, no solo del país de Judea, sino de la mayor es, debido a las colonias que ella ha establecido, aprovechando las oportunidades, en los vecinos países de Egipto, Fenicia, Siria, y Capadocia, y las tierras más distantes en Panfilia, y Cilicia, la mayor parte de Asia,*

*hasta Bitinia y los más distantes rincones de Ponto; asimismo en Europa, Tesalónica, Bitinia, Macedonia, Tracia, Ática, Argos, Corinto, en la mayor y mejor parte de Grecia. Y no solo en el continente se encuentran colonias judías, sino también en las más notables islas: Creta, Chipre, Rodas, para no mencionar nada de las tierras más allá del Éufrates.*

Hemos estado tan acostumbrados a leer que San Pablo, una y otra vez, en Antioquía de Pisidia, Tesalónica, Atenas, Corinto, Éfeso, empezó su trabajo misionero en la sinagoga que el impacto de este hecho lo podemos perder si no lo consideramos de nuevo fresco como lo mira el ojo del historiador; y es solo a la luz de tal hecho que podemos entender una declaración como la de Hechos 16:3 en la que se refiere un importante dato en relación a Timoteo: *...y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos en aquellos lugares...* y no obstante, la epístola a los Tesalonicenses fue dirigida a una iglesia gentil, a hombres que se habían convertido *de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo* (1 Tesalonicenses 1:9-10a). En Tesalónica, como en todas partes, los compatriotas de San Pablo cumplieron su trágico destino, tanto para servir a la preparación de Cristo como para encabezar su rechazo a Él. A ellos como israelitas les pertenecía *la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo* (Romanos 9:4, 5a). Los judíos *no se han sujetado a la justicia de Dios* (Romanos 10:3). Las duras palabras que San Pablo pronunció acerca de sus compatriotas se encuentran en nuestra epístola; estas palabras reflejan la experiencia del apóstol en Tesalónica. En Hechos 17:5, leemos que fueron *los judíos que no creían [quienes] teniendo celos* instigaron la persecución contra los seguidores, “de las iglesias de Dios que en Judea son en Cristo Jesús”, *Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas ellas padecieron de los judíos, los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron; y no agradan a Dios, y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados* (1 Tesalonicenses 2:14-16). Todavía eso es verdad: “La cautividad de los judíos sería la libertad de judíos y gentiles, y la dispersión de Israel fue la reunión de todas las naciones en Dios” (Plummer).

La sinagoga fue el punto inicial, y también la sinagoga fue el puente hacia el mundo gentil; pues al margen de la sinagoga estuvo el grupo productivo, *los fieles griegos*, o los prosélitos, entre los cuales en Tesalónica y en otras partes el Evangelio tuvo una recepción generosa. Tenemos la evidencia en Hechos que, en Tesalónica, hubo *una gran multitud*. Los profetas vieron que los *paganos* y todo hombre *de todos los confines de la tierra* adoraron a Jehová. Ahora vemos el cumplimiento, concretamente y en detalle. Vemos que unos artesanos de Tesalónica junto a *no pocas mujeres importantes*, que junto con una gran mayoría de gentiles formaron la congregación, hombres a quienes se les exhortó a dedicarse a su propio negocio y trabajar con sus manos. Sabemos que fue difícil mantenerse como artesano independiente en una sociedad esclavista (el problema del cristiano esclavo y el cristiano amo no se toca en nuestra epístola, quizás porque había pocos esclavos). Existe una punzante descripción de San Pablo sobre las obras de fe de los tesalonicenses, el afán de su amor, y su paciente sufrimiento en la esperanza de su nuevo Señor Jesucristo. Sabemos también que cuando San Pablo habla de las iglesias de Macedonia, las que generosamente ofrendan *en grande prueba de tribulación...y su profunda pobreza*, está refiriéndose a un hecho verdadero (2 Corintos 8:2). Esta congregación joven sufrió mucho tanto de una persecución tenaz como de una pobreza difícil. También sabemos el tipo de

tentaciones a que los cristianos nuevos de Tesalónica estuvieron expuestos debido a su posición en una sociedad griega y las arraigadas actitudes de la vida en ese tipo de sociedad. *Dios nos ha llamado a la santidad*; esto es, dando énfasis en la pureza sexual. El énfasis sobresaliente que se da en la parte exhortatoria de la epístola en la que se advierte contra la fornicación, no es ninguna sorpresa para aquél que se encuentra familiarizado con la vida en una ciudad griega, especialmente en la vida de un puerto. La epístola a los Tesalonicenses es una palabra viva e inmediata para la Tesalónica de su tiempo.

La estructura de la epístola también está dentro del Círculo de la Historia; está en la misma línea de las epístolas y puede ser comparada, punto por punto, con las cartas de ese tiempo. El saludo *gracia y paz* era muy familiar y ahora se ha convertido en parte del lenguaje eclesiástico; es probable que nosotros ahora no nos demos cabal cuenta que en estas palabras tengamos otra vez la fusión de las dos culturas que constituyen el trasfondo del Nuevo Testamento: ([*gracia*] reproduce el saludo convencional en las cartas griegas, [*salud*] en Santiago 1:1 y Hechos 15:23), mientras que *shalom* en el uso cotidiano se había hecho tan convencional que nuestro Señor tuvo que distinguirlo con *no como el mundo la da* (Juan 14:27) cuando quiso que sus discípulos sintieran toda la fuerza que la palabra había tenido en el Antiguo Testamento y que debería recuperarse en boca de sus apóstoles.

Desde luego, aún no hemos “explicado” el saludo hasta que hayamos investigado su origen histórico. Ambas palabras recibieron en el lenguaje cristiano un contenido rico y profundo que la persona incrédula, antes o después del tiempo de Cristo, jamás pensó. Sólo tenemos ahora un pequeño testimonio del poder transformador. Es el mismo poder transformador que contemplamos en la forma que toma la apertura de la epístola: tanto la acción de gracias, que aquí tiene una extensión inusual. Esta afirmación se puede comparar con las cartas no literarias y con los papiros; por ejemplo, la carta de Apiano, el soldado egipcio, citada por Diessmann en *Luz del Antiguo Oriente* (Light from the Ancient East, pp. 179ss). Agregamos que se puede comparar “completamente con una carta 'paulina' por la forma como empieza. Vemos que San Pablo siguió fielmente la bella costumbre secular al comenzar sus cartas con acción de gracias a Dios (1 Tesalonicenses 1:2; 2 Tesalonicenses 1:3; Filemón 4; Efesios 1:16; 1 Corintios 1:4; Romanos 1:8; Filipenses 1:3).” Estas no son afirmaciones teológicas generalizadas e importadas; la historia respalda lo que la Escritura afirma sobre sí misma. La Escritura es *útil*; estas son las palabras de un hombre muy interesado por las almas de los hombres escribiéndoles en un lenguaje y forma que les eran familiares y que ellos entendían. Y si nosotros queremos usar los materiales que Dios nos da, es mejor que también nosotros los entendamos.

En los primeros tres capítulos de la epístola tanto la acción de gracias como la oración se extienden y son una reminiscencia de la historia de la iglesia en Tesalónica y del contacto y la separación de ella por parte de Pablo. Leerla aparte de lo que se dice en el capítulo 17 de Hechos es robarnos un contacto vivo, y mucho de su contenido. Tampoco debemos menospreciar la luz que puede arrojar otra situación, aunque pudiera parecer incidental: la *debilidad, el temblor y temor* con los que se presentó San Pablo en Corinto (1 Corintios 2:3) reflejan la tensión en la que se encontraba en relación con su amada iglesia en Tesalónica. Los recuerdos van también a la historia previa de la evangelización en Tesalónica: la alusión en 1 Tesalonicenses 2:2 al sufrimiento y ultraje recibido en Filipos nos refieren a los memorables eventos narrados en Hechos, especialmente el encarcelamiento de Pablo y Silas; las palabras conmovedoras de Pablo

ante el ofrecimiento de los magistrados para salir de la cárcel encubiertamente indican y hacen vívidos los sentimientos profundos de indignidad: *Después de azotarnos públicamente sin sentencia judicial, siendo ciudadanos romanos, nos echaron a la cárcel, ¿y ahora nos echan encubiertamente? No, por cierto, sino vengan ellos mismos a sacarnos* (Hechos 16:37). Intercalada con la historia de las relaciones de Pablo con la iglesia de Tesalónica se encuentra una apología del apóstol Pablo. Él defiende la sinceridad de su conducta y la pureza de sus intenciones: *“Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño... antes fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos”* (1 Tesalonicenses 2: 3-7).

¿Por qué dice Pablo esto? ¿Acaso el apóstol se siente impulsado a contrarrestar sospechas que a nuestros ojos son tan infundadas? ¿Refleja este pasaje que Pablo tenía enemigos en Tesalónica? Y si tenía enemigos, ¿Esperaban los enemigos de Pablo influir entre los cristianos con semejantes calumnias? ¿Creerían que se ganarían a los cristianos creando en ellos sospechas con semejantes acusaciones? Las respuestas nos servirán para ilustrar el valor del Círculo de la Historia en la interpretación. Haremos bien en aclarar las respuestas. Primero, San Pablo no tenía un ánimo grande cuando entró por las puertas de Tesalónica. La buena gente de ahí seguramente miró al apóstol Pablo como lo mirarían las otras personas del primer siglo. No podían mirarlo a la luz de todo lo que Hechos posteriormente nos narrará sobre él, o como una Europa ya cristianizada lo vería: los tesalonicenses vieron simplemente a “un hombre pequeño e insignificante y enfermizo ante ellos, quien no tuvo ninguna notoriedad ni les causó una grata impresión... Una vez que las formalidades de la guardia en la puerta se habían tramitado, ninguna persona se fijó en este artesano judío itinerante” (von Dobschuetz). Para las personas que recibieron la Palabra mediante su predicación por lo que en verdad era, la Palabra de Dios, Pablo se convirtió en una persona de autoridad; pero las propias revelaciones de las cartas a los corintios nos muestran lo frágil y evasiva que era esa autoridad, aún en aquella iglesia tan joven y sin religiosidad fundamentada como lo era la de Tesalónica. San Pablo no causaba ninguna impresión con su apariencia personal; y el hombre de la calle, especialmente el griego no dejaba de tomar mucho en cuenta la presentación individual, y los griegos recién convertidos no dejaron de ser griegos inmediatamente. La imagen del hombre de Dios que sufría persecución de ciudad en ciudad y de provincia en provincia se podía distorsionar fácilmente por la de un hombre fanático desacreditado. Y una vez que la sospecha se había formado hacia la persona del apóstol, su causa se ponía en peligro.

“La fe tambaleante e incierta en el hombre bien pudiera fácilmente ser una confianza oscilante en su causa. Tal vez se trataba de toda una ilusión y decepción grande en el apóstol. ¿Era San Pablo como muchos otros únicamente una persona que buscaba la gloria y la fama? La sospecha fácilmente se hacía una realidad para los habitantes de una ciudad griega del siglo I. Existían muchos viajeros, filósofos; los heraldos y testigos de Cristo no eran viajeros solitarios por los caminos romanos ni tampoco eran los únicos hombres que buscaban que se les escuchara. Eran parte de una procesión nutrida de retóricos, sofistas, estoicos y otros filósofos, de vividores y charlatanes, de propagandistas de los Misterios de Isis y Mitra, sin olvidar a los maestros judíos y

samaritanos, quienes viajaban, hacían reclamos y creaban impresiones, prometían mucho y daban poco para después continuar su camino dejando a sus oyentes con unas cuantas opiniones vertiginosas y sumidos en una desilusión permanente, y más pobres en dinero” (von Dobschuetz).

Pues a pesar que hubo notables excepciones, los propósitos en común de esta gente itinerante eran la fama y el dinero. En un ambiente como ese las palabras del apóstol no solo eran naturales, sino inevitables, ya fueran motivadas directa o indirectamente por una comparación con sus “competidores.” Las palabras fueron oportunas en ese tiempo, y, como casi todos oyen y conocen sobre la crítica popular moderna del Cristianismo y la Iglesia (la Iglesia es la novia del Capitalismo, el opio de los trabajadores), son oportunas en la actualidad también; y sabemos hoy lo que significan más cabalmente debido a que hemos aprendido lo que significaron en aquél entonces.

Como uno pudiera esperar en una carta dirigida a una iglesia gentil tan solo a pocas semanas de su fundación, no se encuentran muchas conexiones notables con la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Uno puede encontrar un material más abundante sobre este aspecto en el estudio del Círculo de la Historia en un libro como el evangelio de San Mateo, donde en los primeros versículos, la genealogía de nuestro Señor nos transporta desde los Patriarcas al poder, o al Israel bajo David, y hasta la obscuridad de la cautividad y de nuevo a la nueva luz iniciada con el nacimiento de Jesús, quien es llamado el Cristo. Pero un versículo como el de 1 Corintios 1:21 *el mundo no conoció a Dios* dirigido a los gentiles nos demuestra aquí que el Antiguo Testamento está siempre presente en el Nuevo, que la iglesia gentil se siente y se considera el Israel de Dios, que el Círculo de la Historia siempre incluye el pasado sagrado como también al mundo contemporáneo. Hay mucho material que uno pudiera mencionar en una epístola como 1 Tesalonicenses, especialmente en un área del Círculo de la Historia y del Círculo del Idioma se entrelazan en los casos en que una sola palabra requiere conocer la historia para su entendimiento. Por ejemplo, la palabra *asamblea*, tiene su antecedente en el Antiguo Testamento, o la palabra *venida*, está asociada a los reinos de los Ptolomeos y los emperadores romanos; o palabras que tocan el significado en el Antiguo Testamento que presentan también un “paralelo polémico” a los reclamos contemporáneos de muchos nobles y del emperador divinizado. También la simple palabra *predicación* falla la traducción al no relacionar todas las asociaciones que encierran del heraldo desde el tiempo de Homero en el Círculo de la Historia.

Sin embargo, se ha dicho suficiente para indicar, por lo menos, las riquezas disponibles para el intérprete en el Círculo de la Historia. También se ha dicho lo mucho que se ganaría al adentrarse pacientemente y con imaginación en las distintas épocas y en el mundo de los apóstoles y profetas. Solo una cosa no debemos olvidar: la historia es un medio, no un fin. No ambicionamos escribir la historia de la iglesia primitiva, ni buscamos tampoco al “Jesús histórico.” La teología es *habitus practicus*; y nos adentramos al Círculo de la Historia a fin de escuchar las palabras que dieron, y continúan dando vida eterna.

## EL CÍRCULO DE LA ESCRITURA

*Bueno eres, y bienhechor; enséñame tus estatutos* (Salmo 119:68), ...*los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo* (1 Pedro 1:21). Hasta aquí nos hemos concentrado en lo que hemos visto dentro de los Círculos del Idioma e Historia en que los *hombres de Dios hablaron... por el Espíritu Santo*, y que Dios “habló” en ciertos idiomas en determinados momentos de la historia. A grandes rasgos hemos estado interesados en la capacitación técnica de la interpretación. Ahora en el Círculo de la Escritura pasamos a considerar no la capacitación técnica sino lo que es más bien una actitud, un don de Dios, un carisma que debemos solicitar. Ahora estamos interesados en el hecho que lo que los hombres hablaron en tiempos pasados fue algo único; que aquellos hombres hablaron como *hombres de Dios*, y que fueron *inspirados por el Espíritu Santo*. Estamos interesados en el aspecto de la Biblia que la hace diferente a todos los demás textos, tanto en el aspecto lingüístico como el histórico.

Estamos interesados en el aspecto que la Escritura es la Palabra de Dios; ella no solo es el registro de la misma revelación de Dios sino también está relacionada con cualquier contacto con Dios: *En nuestra relación con Dios no existe la neutralidad. Tendremos que obedecer o desobedecer su Ley, creer o no en el Evangelio, amar a Dios u odiarlo, temerle o no. Siempre tendremos que hacer una de las dos cosas. No es posible una tercera alternativa. La desobediencia no es una obediencia defectuosa sino una decisión activa contra Dios; así se considera la incredulidad, asimismo también se ve el temor a Dios. Esto quiere decir que nuestra decisión cuando sea contra Dios no es una cosa en blanco que no cuente, sino que es un acto que absolutamente determina nuestra existencia. Con la incredulidad y la desobediencia nosotros mismos nos hemos consignado, estemos o no conscientes, queramos o no, a aquello que está en absoluto antagonismo contra Dios* (Elert).

De ahí la insistencia constante de Lutero en cuanto a lo que debe ser el primer axioma en la interpretación lógica, esto es, que nos coloquemos, o que estemos sujetos a la Escritura; Dios es rey, y su Palabra es suprema; estamos sujetos a ella. La Palabra de Dios no es una fuerza que podamos dirigir o controlar; ella nos dirige y controla. La razón no tiene que reclamar nada ante su autoridad. Tampoco nuestro sentimiento, nuestra experiencia ni nada que contradiga su autoridad, especialmente en tiempos de dificultades cuando nuestros sentimientos están prestos a impugnar su revelación. Solamente así se puede entender a la Escritura. No solamente debemos aguantar nuestro juicio hasta que hemos escuchado la Palabra de Dios, sino que debemos renunciar a nuestro propio juicio cuando la escuchamos; debemos aprender a no atropellar a lo que está escrito. No debemos ir más allá de lo que afirma. El agregar a la Palabra cualquier cosa sería no obedecerla sino incorporar algo de lo nuestro, y la Palabra de Dios no puede tolerar ninguna tergiversación. La condición de obediencia incondicional no representará ofensa al siervo. La interpretación es, por consecuencia, un don y no una habilidad o un logro. Es un don de Cristo. Es un don del Espíritu Santo.

Esta actitud básica hacia la Palabra de Dios fue lo que guio a Wilhem Moeller a describir a la interpretación como “Gehorsam des Wortes” (Obediencia de/hacia la Palabra).

La demanda de sumisión al texto bíblico pudiera considerarse incompatible con la razón. El

estudiante cristiano puede acercarse a la Palabra, a la cual debe su nuevo nacimiento, con la reverencia que merece una Palabra de tal magnitud e importancia. Su actitud hacia la Escritura desde hace mucho tiempo ha sido establecida por su posición en Cristo: *Ellas son las que dan testimonio de mí* (Juan 5:39). Nuestra actitud hacia Cristo jamás puede considerarse neutral o abierta; no podemos, aun teniendo el propósito de estudiar, jugar con una actitud neutral. El intérprete cristiano hará bien en escribir sobre su mesa de trabajo lo que solía escribir Lutero delante de la suya en los momentos de dificultad: *Baptizatus sum* (Soy bautizado) para recordarle que Jesucristo es su Señor. La Palabra que testifica sobre él debe igualarse al Señor, *habla que tu siervo oye* (1 Samuel 3:9). Pero después de toda esta exigencia de estar completamente abierto en cualquier campo de la interpretación es imposible y errónea a la vez. Es imposible pues ningún hombre viene a cualquier texto con una mente completamente abierta o exenta de toda presuposición. Él ha sido condicionado a Cervantes, por ejemplo, aún antes de leer cualquier texto de Cervantes: ha sido expuesto al ritmo, prosa y ritmo desde su infancia; ha recibido la influencia del drama desde el jardín de niños; sin saberlo; ha escuchado dichos de Cervantes referidos por otras personas; aun cuando su lectura se haya limitado a letreros comerciales o a las últimas páginas de un periódico no se escapó a la influencia de Cervantes.

¿Quién no ha sido expuesto a algún pasaje bíblico? Por lo menos, ha escuchado a algunas personas maldecir o jurar usando los nombres divinos que vienen en la Escritura. Nos se oye a la gente maldecir los nombres de otros dioses mitológicos, por ejemplo, Tor o Zeus. De igual manera, la exigencia de una mente abierta es también como si se esperara que un hombre entendiera cualquier texto, por lo menos tiene que someterse a tal texto. Jamás nadie ha logrado un entendimiento valioso de Homero o Goethe al ponerse por encima de ellos. Un hombre tiene que someterse a Homero si en verdad lo quiere conocer. Debe someterse completamente y con simpatía a Goethe si desea conocerlo. La exigencia de una mente abierta, de un enfoque sin presuposiciones, tiene sentido únicamente en la forma de una exigencia positiva donde la mente del hombre esté genuinamente abierta al texto que ha de interpretar, que como Torm afirma, un hombre *empieza por someterse voluntaria y obedientemente a la silenciosa influencia del texto... dará tiempo al texto para que éste trabaje en él en base de su propio poder interno*. El intérprete deberá excluir las normas y analogías que son extra-texto, y escuchar el texto en sus propios términos. También el intérprete bíblico jamás podrá otra vez separarse de la Escritura una vez que se ha sometido sin reservas a ella, pues habrá sido tomado por un poder y un amor que no lo dejará.

*Unus Simplex Sensus (Un solo sentido)*

*El principio de la sabiduría es el temor de Jehová* (Salmo 111:10). Esta sumisión absoluta a la Palabra es el principio de toda interpretación verdadera, y de ella fluyen todas las normas teológicas restantes. De manera que el gran principio interpretativo de la Reforma, el que afirma que hay un solo sentido en la Escritura, es el resultado inevitable de esta actitud hacia la Palabra. Si estamos abiertos en el sentido solamente admisible y fructífero de la palabra, esto es, si estamos bajo la Escritura, no debemos ofendernos ante la forma que el siervo da a la Palabra de Dios. Debemos aceptar la Escritura como la encontramos, así como aceptamos al Hijo del Hombre en su debilidad y humildad. No debemos tampoco interpretar la Escritura más “espiritualmente” del “toque” que le ha dado el Espíritu Santo, ni debemos ir más allá del sentido simple y literal de las palabras, ni sobre-interpretar o intercalar interpretaciones místicas como lo

hicieron muchos exégetas en tiempos de la Patrística o la Edad Media. La interpretación cuádruple de la Escritura debe mantener alejada de nosotros, los herederos de la Reforma Luterana. Hoy se nos hace difícil apreciar el gran y audaz paso que Lutero dio cuando desechó la interpretación o sentido cuádruple ampliamente en boga durante la Edad Media y lo substituyó por el sentido simple o literal. Durante la Edad Media la teoría y práctica interpretativa había considerado al sentido literal solo como un punto de partida para el desarrollo del sentido alegórico, el cual era algunas veces devoto, pero siempre arbitrario, y de los otros dos giros del mismo sentido cuádruple: el moral (o tropológico) y el anagógico. La palabra Jerusalén, en cualquier contexto, podía significar, en el sentido literal, la ciudad de Judea; alegóricamente significaba la Iglesia Militante; moralmente significaba cada alma fiel; y anagóticamente la Jerusalén celestial. La zarza ardiente que no se consumía se interpretaba con este “ilusionismo espiritual”, como lo calificó Lutero. El sentido cuádruple interpretaba que la zarza era la Madre de nuestro Señor, cuyo vientre no se consumió con el fuego Divino.

Este sentido místico y alegórico de interpretación encuentra un aparente apoyo en el uso que en ocasiones se aplica a incidentes o personajes del Antiguo Testamento dentro del Nuevo Testamento. Pero el apoyo es solo supuesto; porque además del hecho de que la interpretación del Antiguo Testamento se reduce a unos cuantos ejemplos, una diferencia sustancial tiene que destacarse: la interpretación alegórica va por su propio camino siguiendo al sentido literal (generalmente en forma independiente de éste, algunas veces hasta excluyéndolo), la interpretación anagógica [en el Nuevo Testamento], o mejor dicho, el punto de vista tipológico del texto se aferra pronto al sentido literal y se basa en él (Torm). En otras palabras, estos ejemplos alegóricos en el Nuevo Testamento no son interpretaciones distintas del Antiguo Testamento que le agregan un sentido adicional sino una aplicación fresca a esos pasajes. *Este sentido alegórico no representa un segundo sentido de las palabras, sino un segundo sentido del contenido de las palabras en Gálatas 4:21, 31* (Fuerbringer).

Nosotros como parte del siglo XXI consideramos, muy cómodamente, por cierto, que estamos muy por encima de las vaguedades de un Orígenes o un Tomás de Aquino. El trabajo atroz de la exégesis patrística y medieval no puede, pensamos, presentarse en este siglo. Y, no obstante, la historia de la exégesis en los tiempos modernos nos ofrece una notable evidencia que el Evangelio simple sigue siendo una ofensa para muchos, que el corazón no regenerado no lo puede asimilar tal y como es. La exégesis moderna no alegoriza; pero un gran número de todas maneras sigue jugueteando con un doble sentido en la Escritura. Después la exégesis que elimina los milagros en los evangelios e ignora la Expiación y Muerte de la vida de Cristo, que se convierte en religión y que crea una brecha inseparable entre Jesús y San Pablo, o reduce todo en el Nuevo Testamento al nivel del desarrollo religioso del primer siglo, difícilmente podrá reclamar como más honesto cualquier trato con el texto frente a los antiguos practicantes del sentido cuádruple.

*Scriptura Sacra sui ipsius Interpres* (La Sagrada Escritura se interpreta a sí misma)

De la actitud de sumisión reverente a la Palabra le sigue también el segundo principio de interpretación de la Reforma, a saber, que la Escritura se interpreta a sí misma. Tal actitud hacia la Escritura excluye cualquier interpretación derivada de una norma importada o foránea, ya sea si tal norma fuera la tradición, el consenso de la Iglesia, “el espíritu,”

la razón iluminada o la conciencia cristiana, una norma moral, un sistema dogmático o una entidad presupuesta como la totalidad de la Escritura. Porque como señala F. Pieper, semejante tratamiento de la Escritura no es una interpretación sistemática de ella: *Lo que la Escritura no interpreta, ningún hombre tiene derecho a interpretar*. Es bueno que recordemos aquí otra vez que en este nivel la habilidad de la interpretación de la Escritura es un don; y así como todos los dones restantes, se le concede a los humildes, a los pobres en espíritu, al de corazón contrito y humillado. Un *aliquid in nobis* (algo en nosotros) es tan venenoso en la interpretación como lo es en la doctrina de la conversión y la predestinación (F. Pieper).

Así que el verdadero exégeta cristiano seguirá el consejo de Lutero: *Pierde completamente toda esperanza en tu propio sentido y entendimiento. Ora a Dios con verdadera humildad y deseo para que sea Él quien por medio de su Hijo Amado te dé el Espíritu Santo para que te ilumine y dirija y te haga sabio*. Es en este sentido que la Escritura es la que interpreta a la Escritura, en el que Lutero y nuestras Confesiones entendieron la analogía. Los hombres de la Reforma se esmeraron en colocarse bajo la Escritura, en la plena confianza que Dios ha dado las Escrituras a la Iglesia también con claros y distintivos instrumentos para su interpretación, si uno tan solo los usara correctamente (Torm). Lutero pronunció una expresión clásica con respecto a esta confianza, en estas palabras: *Debes estar seguro, fuera de toda duda, que no hay nada más brillante y claro que el sol, esto es, la Escritura. Si una nube se ha formado cerca de ella, de todas formas, no hay nada atrás de esa nube más que el mismo intenso sol. Asimismo, si hay una frase oscura en la Escritura, seguramente existe de todas formas la misma verdad expresada claramente en otro lugar*.

Toda la luz que se necesita teológicamente en la Escritura es suministrada por la misma Escritura. Esto no significa que el uso de la analogía de la fe o la analogía de la Escritura como también se le llama se agote al iluminar los “dichos oscuros,” a pesar que naturalmente ese uso se utilice más en la formulación de doctrina y en la polémica. Su uso mayor cotidiano descansa en el establecimiento del contenido de los conceptos teológicos, el tipo de trabajo hecho en los grandes léxicos teológicos de Cremer y Kittel. El intérprete busca determinar qué significa y cuáles implicaciones tiene una palabra. Sin embargo, sus verdaderas preguntas se dirigen a la misma Escritura, y es de ella donde obtiene las respuestas decisivas. El intérprete debe dirigir las preguntas directamente a la Escritura: ¿Qué aplicaciones posee tal idea? ¿Qué se dice de ella? ¿Cómo se contrasta con ella? ¿Qué paralelos tiene? ¿Qué sinónimos ocurren? ¿Cuál es la historia de la idea en los dos Testamentos?

Toda la Escritura está elaborada para arrojar luz en cualquier otra porción. Es, desde luego, una irreverencia hacia la Palabra si la analogía de la fe se usa para determinar racionalmente tensiones que la misma Escritura ha dejado sin resolver. Por ejemplo, la tensión humana siempre existirá entre la gracia universal de Dios y la elección particular de los santos. Una verdadera interpretación teológica nunca buscará descubrir lo velado de Dios o entremeterse en los sabios y escondidos consejos del Todopoderoso.

La verdadera interpretación se ocupa de otras cosas mejores. Pues al interpretar, siempre bajo la Escritura, no solo no estaremos introduciendo normas importadas o ajenas, sino que así permaneceremos bajo la influencia del mismo Espíritu. Es primero la Palabra a la Iglesia. Ese Espíritu es el Espíritu de verdad que nos guiará a buscar y encontrar a Cristo como el contenido

completo de la Escritura. Eso quiere decir que no debemos alegorizar o torcer los textos a fin de encontrar una referencia explícita de nuestro Señor donde no existe. Significa, en cambio, que consideremos y tratemos a la Escritura como un todo orgánico, con un Autor, y que todas sus partes estén relacionadas vitalmente al único tema central de la obra redentora de Dios en Cristo. Es Cristo, nuestro Redentor, a quien buscamos y encontramos en la Escritura.

Prácticamente todo esto significa que la concordancia tiene mayor validez que el diccionario; el diccionario grande con paralelos sistematizados tiene mayor valor que el diccionario pequeño de léxicos teológicos, que la magnitud de Cremer y Kittel es de mayor valor que los léxicos menores; que la mejor parte de un buen comentario es con frecuencia la colección de textos paralelos de la Escritura; que el aparato crítico del texto griego de Nestlé es mejor que muchos comentarios buenos; que lo mejor de todo es que uno posea su propia concordancia de palabras e ideas, para hacer lo que hizo Lutero, quien leyó toda la Escritura dos veces al año *hasta que me transformé en un textualista bastante bueno*.